

hacia el lector y por una curiosidad hacia aspectos que, como tantos otros, también aportan luz al desentrañamiento del pasado.

David Cannadine (1950-) es Professor de Historia y Director del Institute of Historical Research en la Universidad de Londres. Alumno de Oxbridge, profesor en Cambridge y Columbia (Nueva York), pertenece a diversas asociaciones vinculadas con la transmisión del pasado (National Portrait Gallery y English Heritage). Entre sus obras destacan *Lords and landlords: the aristocracy and the towns, 1774-1967* (1980); *The Pleasures of the Past* (1989); *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (1990); *G.M. Trevelyan: A Life in History* (1992); *Aspects of Aristocracy: grandeur and decline in modern Britain* (1994); *History and our Time* (1998); *The rise and fall of class in Britain* (1999); *Class in Britain* (2000); *Ornamentalism: how the British saw their empire* (2001).

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra

**Archetti, Eduardo P.**, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. 127 pp. ISBN: 9505574037.

Agradecimientos, p. 7; Introducción, pp. 9-18; Fútbol: el deporte sin fronteras, pp. 19-40; El tango: música, baile y textos para el fútbol, pp. 41-51; Polo: estancieros, caballos y hegemonía mundial, pp. 53-67; Automovilismo y modernidad: paisajes, máquinas y hombres, pp. 69-96; Boxeo: los puños de la nación, pp. 97-111; A modo de conclusión, pp. 113-119; Bibliografía, pp. 121-125.

Tal vez una de las paradojas del deporte como fenómeno de masas a partir de finales del siglo XIX es su permanente instrumentalización nacionalista, un proceso que convive con los llamamientos a la universalidad del deporte, a su neutralidad política y a sus vínculos con ciertas formas de pacifismo. Y es que el deporte en sus múltiples variedades apareció desde comienzos del siglo XX como la herramienta que servía para atraer afinidades, un tropo literario en el que los deportistas representaban a la totalidad de la nación. En esta sinécdoque permanente, los éxitos de unos pocos se convertían en el triunfo del conjunto. La creación de una mitología nacionalista encarnada en el deporte se vio favorecida por el auge de los medios de comunicación de masas, que encontraron en él una cantera de nuevos heroes a los que ensalzar y con los que crear afinidades no muy electivas en muchas ocasiones.

Eduardo Archetti aborda en este libro un magnífico ejemplo de este proceso de nacionalización del deporte, en este caso referido a Argentina, destacando por un lado la paradoja del recurso a lo foráneo para la creación de vínculos nacionales (pp. 1, 20). Y es que el deporte de masas, procedente en diversos grados de Inglaterra, se extendió por todo el mundo y tras una recepción inicial por parte de las elites cosmopolitas de cada país, pasó a un intenso proceso de nacionalización, de adopción por parte de las sociedades

receptoras, fundamentalmente a través de la popularización de las diversas modalidades recibidas. Esas prácticas llegadas del exterior se recibían como síntoma de modernidad, con el esnobismo de quienes atribuían mayor valor a lo foráneo: “Es obvio que los deportes de origen británico son concomitantes con la modernización, la construcción de estados nacionales y la internacionalización creciente de los intercambios económicos, sociales y culturales en el siglo XIX y comienzos del XX” (p. 11); pero también como una forma de encauzar prácticas propias previas. De hecho menciona que la introducción de la equitación deportiva iba a ser útil como instrumento para “[d]isciplinar al gaucho” y mejorar la raza caballar criolla (p. 53); además el polo sirvió también como elemento de modernización de prácticas previas de los jinetes de las pampas. Tampoco fue menor el papel de Fangio en el automovilismo europeo a partir de 1949, que situó una imagen de Argentina “en condiciones de igualdad con las naciones modernas industriales” (p. 88), dadas las implicaciones de vanguardismo que esta práctica deportiva recogía.

Dentro de este proceso, el primer paso era el mundo urbano, con un protagonismo excepcional, en este caso, de Buenos Aires. La ventaja de estos centros difusores era que su población y variada composición social permitía una mayor continuidad de las iniciativas y, por ello, una mejor nacionalización. Además, esta permanencia, especialmente con la consolidación del deporte profesional, permitió una movilidad social que sirvió como acicate a su extensión. Individualidades heroicas que encarnaban las virtudes y esencias del país sirvieron para asentar aún más ese componente nacionalizador del deporte: Maradona en el fútbol (“una realización perfecta del mito argentino”, p. 40); Andrade en el polo (“visto como el personaje emblemático de la tradición criolla: el gaucho que se hizo desde abajo”, p. 65); Fangio en automovilismo (“un héroe que no sólo expresaba ideales de movilidad social, igualdad de oportunidades e integración social, sino que era, además, capaz de vencer a los mejores pilotos europeos”, pp. 88-9); Gatica (“un par de puños al servicio de la gloria de la nación”, p. 105) o Monzón en boxeo (“la única manera de ganarle a la pobreza”, p. 106). Se estaba creando una sociedad civil que impulsaba, al margen del Estado, una actividad luego recogida y fomentada desde el poder cuando éste vio la potencial utilidad de la misma. De alguna manera, señala Archetti, el deporte sirvió como factor de unificación nacional, tanto por la movilidad de deportistas argentinos hacia el foco de atracción bonaerense, como por su capacidad de aglutinar a sus habitantes en torno a la representatividad encarnada por las escuadras deportivas. No es de extrañar que un régimen tan populista como el peronismo se apropiara con rapidez de las grandes figuras del deporte que, como Gatica, pasaron a ser la encarnación del régimen, y sus oponentes, más allá del cuadrilátero, sus opositores.

Además, no hay que dejar de lado las referencias al componente masculino del deporte, encarnación de valores considerados representativos no sólo de Argentina, sino de buena parte de los países desde comienzos del siglo XX: “El esfuerzo físico y el cuidado corporal aparecen [...] no sólo como símbolos de la modernidad sino como algo que hay que cultivar y desarrollar, como una práctica individual y social que debe ser garantizada por el Estado y la sociedad civil” (p. 12). El deporte es inicialmente masculino. Cita Archetti a Georges L. Mosse para concluir con él que “la virilidad y el coraje son dimensiones de la masculinidad tradicional que se mezclan con los nuevos ideales corporales (belleza y condición física) de la modernidad” (pp. 14-15). Llevando al extremo este argumento podríamos preguntarnos si el proceso nacionalizador de buena parte del mundo occidental es la aplicación de un modelo social apoyado en pautas masculinas. De hecho, cuando habla de los jugadores de polo como encarnación del gaucho, se dice que su actitud “expresa toda la fuerza, la virilidad y el coraje de los hombres de campo” (p. 65); y los exitosos boxeadores, como Monzón, vendrían a ser “el prototipo del macho argentino” (pp. 107, 117). En definitiva, durante mucho tiempo, “[l]os éxitos deportivos [...] fueron presentados como la victoria de la nación y de las virtudes masculinas” (p. 115).

Estos procesos, o también la relación entre el fútbol y el tango, permitieron convertir al deporte en el “espejo en donde verse y ser visto al mismo tiempo” (pp. 14 y 43). El deporte sirvió para unificar, pero también para mostrar la diversidad dentro de esa unidad, como mostraban las carreras automovilísticas, en las que “[l]os duelos entre pilotos eran duelos entre pueblos [...] y, a la vez, entre provincias” (p. 77). Como concluye al final del libro, “en la presentación de prácticas deportivas tan diferentes encontramos las bases de lo nacional como compuesto por un caleidoscopio complejo y, en muchas ocasiones, contradictorio” (p. 114). En último término, con la inestimable colaboración de la prensa y, poco después, de la radio, el deporte se convirtió en un factor nacionalizador por excelencia: “El deporte, con la prensa, la radio y posteriormente con la televisión, alcanza un impacto nacional indudable a través de la libre circulación de sus símbolos, mitos y héroes” (p. 113). En todo el proceso temporal que se inicia a fines del siglo XIX, “una imagen de lo nacional se construye, al mismo tiempo, afuera y adentro” (p. 114), pero siempre teniendo en cuenta que esa imagen construía y era construída por la suma de elementos que la formaban.

Es evidente (y Eduardo Archetti no lo ha pretendido) que el deporte no construye por sí solo la nación ni, sobre todo, las imágenes que recogen las percepciones sobre ella. Pero como él mismo concluye en su última frase, “[d]e estas historias se nutre, *también*, la historia de una nación” (p. 119. El énfasis es mío). La complejidad de nuestras sociedades permite prestar

atención a factores que si bien en apariencia no concuerdan con lo que las ciencias sociales identificaban tradicionalmente como relevante, en el fondo contribuyen a esclarecer una complejidad a la que nunca seremos capaces de aportar todos los elementos que contribuyen a formarla. No dejemos de lado, por tanto, un aspecto que puede ayudarnos a entender nuestro propio pasado. En este sentido, el libro del profesor Archetti ayuda, y mucho, en ese objetivo.

Eduardo P. Archetti es profesor del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Oslo. Es autor de *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino* (1975), con Kristi Anne Stølen; *Campesinado y estructuras agrarias en América Latina* (1981); *Rural families and demographic behaviour: some Latin American analogies* (1983); *Mundo social y simbólico del cuy* (1992); *Guinea-pigs: food, symbol, and conflict of knowledge in Ecuador* (1997); *Masculinities: football, polo, and the tango in Argentina* (1999). Ha editado, en colaboración: *Campesinado: metodologías de investigación* (1985); *Latin America* (1987); *La cuestión regional en América Latina* (1989); *Sociología rural argentina: estudios en torno al campesinado* (1993); *Sport, dance and embodied identities* (2003).

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra

**Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela**, *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*, Buenos Aires, Atuel, 1996. 216 pp. ISBN: 987900633X.

**Alabarces, Pablo; Giano, Roberto di y Freydenberg, Julio** (comps.), *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998. 286 pp. ISBN: 9502307402.

Nos encontramos ante dos textos de diverso contenido y orientación, pero con una característica común, la de tratar de afrontar la realidad social del deporte desde una perspectiva académica, “científica” si se quiere, una novedad que resaltan los profesores Alabarces y Rodríguez en la introducción a su libro, en la que ponen fecha al inicio de los estudios dedicados al deporte en Argentina: comienzos de los años noventa. Antes de esa fecha: un territorio yermo. Llama la atención, por ello, la tardía aparición de este interés en Argentina (lo cual puede perfectamente extenderse a España), donde los estudios dedicados a esta cuestión no comienzan a consolidarse sino en los años noventa, al menos desde una perspectiva distinta a aquellos otros análisis en los que la calificación del deporte era la de un mero transmisor de las luchas de poder y, por tanto, de un escaso potencial explicativo de la sociedad que lo acogía, pues lo que llevaban a cabo esos estudios era una crítica de las formas de dominación, entre las cuales el deporte era sólo un instrumento y no un objeto de interés.